

Ortega y Gasset, J. (1983). *Ideas y Creencias*. En *Obras Completas*. Madrid: Alianza, vol. 5.

Conrado Herraiz Sousa^a

La justificación de la filosofía desde el raciovitalismo orteguiano es aplicable y explicable a cualquier sujeto, pues va a la esencia misma de lo que es el filosofar en acto. Se saca a la luz la concerniente y atemporal pregunta de la fundamentación de la propia filosofía, no tomando esta solo en cuanto historia de la filosofía sino ya en cuanto filosofar en sí mismo. ¿Tiene este sentido? Es una pregunta que se repite a lo largo de la historia del pensamiento humano, y sin embargo la respuesta de Ortega y Gasset es sencilla y (¿no sería mejor decir?) evidente; propone que pensamos porque no tenemos más remedio.

En efecto, ¿acaso no es tiempo perdido, un esfuerzo en vano? Además, ¿puedo comprender lo que en verdad pensaban los filósofos de otro tiempo? Y si llegamos a entenderlos, ¿qué podrían ofrecernos? Pero es más: la propia filosofía, ¿acaso tie-

ne sentido? ¿No ha sido ya resueltamente superada por la ciencia? ¿No ha quedado reducida a una “historia” más, a un repertorio de antiguallas y restos de museo?

Si bien es cierto que el saber no ocupa lugar, ocupa tiempo, y el tiempo se está convirtiendo en un artículo de lujo, de modo que ¿debería perderse en inútiles rememoraciones de un pasado definitivamente muerto?

Para Ortega el hombre tiene que hacer filosofía –en sentido amplio, sin duda, pero radical– porque esa es la única manera de vivir desde sí mismo. El hombre –piensa Ortega– quiera o no se halla en alguna creencia respecto a las cosas que rodean su existencia; sabemos o al menos creemos saber lo que las cosas son, y qué podemos y debemos hacer respecto a ellas.

Así, el repertorio de estas convicciones es una parte consustancial de nuestra vida.

^a Correspondencia: Universidad de Málaga, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Filosofía. Campus de Teatinos, s/n. 29071 Málaga. España.



Nuestras convicciones son la interpretación que damos a las cosas y a las posibilidades que nos abren o nos cierran. Naturalmente, esas convicciones, las más de las veces no las hemos formado nosotros: son creencias recibidas de otros, creencias que todos tenemos y compartimos con los demás. El estrato más profundo de nuestra vida mental está formado por las creencias. Son nuestra “tierra firme”.

Pero hay ocasiones en la vida en que en ese repertorio de convicciones, en esas creencias en las que estamos, se abren fisuras, grietas, y nuestro “suelo”, nuestra “tierra firme”, se resquebraja: Ortega dice que justamente esta expresión, “tierra firme”, alude a una de esas creencias, la más radical de todas, que la tierra es firme bajo nuestros pies. “Fuera –dice– un excelente ejercicio de introducción al pensamiento histórico, plantearse la cuestión de en qué estado se hallaría el hombre, si tuviera que justificarla”. Algo muy parecido ocurre con la rotura de nuestras creencias: “de pronto sentimos que bajo nuestras plantas falla la firmeza terrestre y nos parece caer, estar en el vacío, sin poder valernos, sin poder hacer nada para afirmarnos”.

Hemos abandonado la “tierra firme” y vivimos en un “mar de dudas”, en la inseguridad de no saber a qué atenernos. Por todas partes sentimos en nosotros y en los demás esta falta de seguridades, de certeza.

La filosofía es inevitable ante el *horror vacui* del pensamiento, cuando estamos en el “mar de dudas” y queremos aferrarnos a un “salvavidas”, siguiendo la metáfora orteguiana. El pensamiento es

nuestro salvavidas para entender la realidad cuando nuestra creencia anterior no encaja con aquella. Por esto mismo, el hombre busca los fundamentos de aquello en lo que cree, ya sea con mayor o con menor profundidad y sofisticación. En caso de que este sea exigente consigo mismo, esta dedicación es mayor y por tanto abarca aspectos introspectivos, históricos, científicos... todo eso que podemos englobar como la búsqueda de la verdad, y que pasa necesariamente por el estudio de los anteriores pensadores.

Una verdad, pues, que sirve para entender el presente y ayudarnos a configurar nuestro futuro. Son estos, presente y futuro, dos aspectos de la vida del hombre que solo tienen sentido mirando al pasado, y por tanto este es parte fundamental de la búsqueda de la verdad que llama al hombre en apuros, al hombre perdido en un mar de dudas, el de la creencia quebrada.

Sobre lo que acabamos de decir hay que apuntar que es ese *horror vacui* del pensamiento por el que el hombre se pone a pensar. De aquí podemos derivar que todo hombre filosofa o debería filosofar. Pensar es una exigencia de la naturaleza humana.

Vamos a reparar sobre un punto que tiene interés a nuestro juicio. Partiremos de la relación entre Ortega y el pragmatismo estadounidense. Si bien los orteguianos reniegan de esta influencia, cosa que no vamos a discutir aquí, los paralelismos son demasiado importantes como para ser ignorados.



Lo que tienen en común ambos bandos es la concepción del pensamiento como herramienta o recurso vital del hombre cuando las creencias de este se desbaratan. En el caso del pragmatista estadounidense Peirce, por ejemplo, encontramos que pensamos cuando nuestros hábitos de acción no funcionan, esto es, cuando nuestro flujo (de acciones) es interrumpido. Pensar es pararse a pensar, porque seguir con la vida requiere un *redireccionamiento* para volver al estado de flujo.

Ahora bien, ¿es suficiente esta explicación? Nos gustaría aportar una pequeña matización, un detalle sobre el que, a nuestro juicio, no inciden lo suficiente Peirce ni Ortega, y que se localiza en ese momento en el que “bajo nuestras plantas falla la firmeza terrestre y nos parece caer, estar en el vacío”. Vamos a intentar defender que tras la primera dubitación radical hay una creencia que desaparece y nunca se vuelve a restaurar por completo sino que hemos de conformarnos con una ortopedia que es el pensar. Y pensar no en cualquier cosa, sino en el *pragmata*, en el vivir, en cómo vivir.

Desde nuestro punto de vista, se abre un nuevo modo de pensar con la duda radical sobre nuestras creencias, un modo de pensar sobre el vivir que será difícil ignorar por mucho que no se mencione en la sociedad actual: el filosofar. Reivindicamos aquí la existencia de una apelación que hace la mente, en ese momento, a nuestro ser filosófico, una suerte de pregunta que implica al hombre todo y que solo se saciará en la medida en que el libre

albedrío del hombre decida colmar sus dudas con reflexiones y con el estudio de la historia de las ideas.

De modo que esa “vuelta al flujo” del pragmatismo estadounidense, o ese “salvavidas” orteguiano, implica una rotura irreparable de la creencia. La filosofía no es una herramienta que usemos para reparar una pieza del vehículo para, *ipso facto*, seguir en la conducción anterior. El primordial saber-que-se-ignora y el dudar de las creencias constituirán una forma radicalmente nueva de *how-to-live* que dejará entrever no solo las grietas de lo que fue la antigua creencia (en el caso de Ortega) o hipótesis (en el de Peirce), sino también la prematuridad, ingenuidad e inseguridad de las nuevas creencias o hipótesis para entender la realidad, tanto propias como ajenas.

Todo lo cual no quiere decir que la filosofía sea *mala*. No se trata de una especie de círculo vicioso de dudas e inseguridades: el pensar es el salvavidas al que recurrimos precisamente para no caer en un nihilismo improductivo tras la rotura de la creencia. La filosofía abre un camino que es necesario para la plenitud del hombre, de su existencia. Es la búsqueda de la razón vital, diríamos con Ortega, y si la primera grieta “duele”, lo que abre es sin embargo una oportunidad hacia la búsqueda de la verdad.

El objetivo de esta matización no es otro que el de dar cuenta de la esencia filosófica ineludible del ser humano, y del condicionamiento que aquella hace de la vida de este, componiendo así una res-



puesta a la pregunta por la *necesariedad* de una historia de la filosofía, así como por la de la propia filosofía, de las que se hace eco el autor del texto aquí estudiado.

Desde el perspectivismo orteguiano, la radicalidad y plenitud de la pregunta filosófica, del advenimiento del conocimiento-de-que-no-se-conoce, supone una pregunta que parece de mayor objetividad que su posible respuesta: si esta (el pensar) no es más que una mera funcionalidad que se adecua a cada sujeto y que sirve para él, la filosofía, como respuesta a la duda fundamental, se relegaría entonces al ámbito de lo subjetivo.

Aquí adquiriría consistencia nuestra aseveración sobre que todos podemos hacer filosofía, pues cada sujeto podría, sin embargo la filosofía en sí perdería objetividad, pues no sería más que una herramienta a la cual cada uno da forma. Sin embargo es la forma de esa herramienta lo que cambia, mientras que el contenido (la historia de las ideas) es objetivo. Y es que la pregunta que hace que se quiebre la tierra firme bajo nuestros pies es ya bastante personal e intransferible. Es quizás por esto que cada uno ha de pensar la filosofía por sí mismo, pues en caso contrario se convierte en mera ideología.

